**La comunión en la diversidad como camino hacia la santidad**



En el Congreso Mundial 2018, luego de trabajar en la definición de los desafíos que se nos presentan, y que finalmente, luego de distintas revisiones, síntesis, puntos en común entre los cinco continentes dio como resultado el que ya se nos presentó “**Caminar junto con los jóvenes hacia una nueva sociedad más cristiana y más humana que, en muchas ocasiones, está marcada por la falta de sentido de la vida, la dignidad humana, la crisis de la familia y de sus valores**”, se nos realizaron las siguientes preguntas para trabajar de manera individual, luego grupal, por Región y finalmente inter Región:

* ¿Cuáles factores o elementos queremos que abunden en nuestra Asociación de Salesianos Cooperadores para ser más significativos?
* ¿Cuáles son los factores clave que constituyen el núcleo de la Asociación de Salesianos Cooperadores?

De este trabajo de análisis, revisión y puesta en común por Regiones, se obtuvo un primer factor clave que responde a las dos preguntas anteriores, este es: “**La comunión en la diversidad como camino hacia la santidad**.”. Este factor, en palabras de Jesús dirigidas al Padre, me gusta traducirlo en “*Que todos sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí. Así alcanzarán la perfección en la unidad, y el mundo conocerá que tú me has enviado y que yo los he amado a ellos como tú me amas a mí*” (Jn 17, 22b-23); es decir, finalmente el factor escogido responde al anhelo profundo de Jesús en su oración al Padre para que todos seamos santos.

Este primer factor contiene distintos elementos de relevancia para profundizar más en su importancia y el significado que tiene, no solo para nuestra vida asociativa, sino, fundamentalmente para el desarrollo de la misión que realizamos para y con los jóvenes de hoy, enfrentar el desafío que se nos plantea y alcanzar el sueño que anhelamos lograr en próximos años: “*Ser* ***testimonio creíble y alegre*** *de nuestra vocación,* ***realizando proyectos*** *de esperanza, de fe y de vida* ***con y para los jóvenes*** *para poder responder a sus expectativas*”. Estos elementos son: Santidad, Camino, Diversidad y Comunidad, los cuales se estarán ampliando a continuación, partiendo de un orden de atrás hacia adelante, es decir, desde su objetivo, la santidad; el camino para alcanzarla, y la manera en que vivimos para alcanzarla, es decir, la vida comunitaria, pero especialmente en una comunidad diversa.

**Santidad**

“**En Cristo Dios nos eligió antes de la fundación del mundo, para estar en su presencia santos y sin mancha**” (Ef 1, 4)

¿Qué es la santidad?, podríamos encontrar distintas definiciones de la santidad acorde a nuestra experiencia de vida en Jesús, al conocimiento que tenemos del Padre, a la presencia del Espíritu Santo en nosotros, a partir del conocimiento e identificación que tengamos con algún santo, etc. De manera personal al leer la Exhortación Apostólica Gaudete et Exsultate, acerca de la santidad en el mundo actual, y luego de leer distintas definiciones dadas por el Papa Francisco, sin pretender él mismo definirla y tomando palabras del Papa emérito Benedicto XVI, me identifiqué con la siguiente definición, santidad “*Es Cristo amando en nosotros, porque la santidad no es sino la caridad plenamente vivida*”[[1]](#footnote-1)

Por tanto ¿quién es santo?, santo es aquel que ama a Dios, con un amor semejante al de Cristo. Y por tanto ejemplos de santidad la encontraremos en todos aquellos que aman a Dios, ya sea el mismo Jesucristo, Dios y hombre, quien con su vida humana nos mostró y dio el ejemplo por excelencia de lo que es ser santo, y quien muestra también el amor al Padre haciendo su voluntad; así como María quien en su amor supo dar un sí a la voluntad de Dios aunque esto significara un cambio en su vida que no comprendía; santo Don Bosco que nos comunicaba sus tres amores: Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y el Papa; santo Domingo Savio quien a sus siete años decía que sus amigos serían Jesús y María y que primero morir antes de pecar, antes que ofender a la causa y destino de su amor de niño; sin embargo también que ese amor lo entregaban a todo aquel que se les acercaba porque encontraban en esta persona el rostro mismo de Jesús, y cómo poder amar a Jesús a quien no se ve, sin amar al hermano a quién si vemos (1 Jn 4, 20). Y es que cómo amar a Dios sin poder amar al hermano, porque la verdadera santidad se vive en relación, no solo con Dios, sino con el hermano, y ese amor llevado hasta el extremo, como Jesús y muchos otros santos y mártires.

Por su grado de amor manifestado a Dios y a los hermanos podremos encontrar “grandes” y “pequeños” santos, entre comillas, sí, porque ese grado de santidad, grande o pequeño no es con la medida de Dios, sino con nuestra medida, en que nos identificamos más con un santo u otro, o nos llama más la atención los grandes milagros de algunos santos y la heroicidad de su vida, en contraste con otros santos que ese amor grande a Dios no se expresaba en grandes milagros sino en una vida austera, sencilla y humilde impregnada del amor de Dios. Es así como santo es aquel quien también en lo cotidiano de su vida, en la sencillez de sus horas, en lo ordinario de sus tareas, de su familia, de su trabajo, de su vida social, de su estudio, vive el amor a Dios. ¡Cuántos santos tenemos en nuestro mundo!, ¡cuántos santos tenemos a nuestro lado!, ¡cuántos santos tenemos en nuestra Asociación!. Pensemos en un instante en esos salesianos cooperadores que conocemos y viven en santidad, porque también en nuestra comunidad, en nuestra Provincia, en nuestro centro tenemos santos salesianos que buscan día a día, en el amor a Dios y a los demás, hacer la voluntad del Padre.

No hay santo sino hay otro a quien amar, porque el amor de Dios necesariamente debe transmitirse a los demás, porque el amor lleva a dar amor, la santidad vivida en el amor entonces necesariamente se debe vivir en comunidad. Es en la comunidad eclesial, en la comunidad de nuestros Centros, en la comunidad de nuestra familia, en las distintas relaciones que tenemos con otros donde nos hacemos y vivimos en santidad, porque es allí donde transmitimos el amor de Dios. Como nos dice San Pablo, “*el amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo*” (1 Cor 13 4-6), características todas del amor que nos habla del otro, y por tanto características igualmente de la santidad.

¿A que voy finalmente con esto?. La única manera de llegar a ser santos es por la vivencia comunitaria en el amor. Queremos comunidades en nuestra Asociación, ¿con qué fin?, ya nos lo indicaba la cita bíblica de Efesios: “*para estar en su presencia santos y sin mancha*”, con el fin de amar a Dios, con el fin de mutuamente construirnos en santidad, con el fin de ayudarnos mutuamente en perseverar en el amor, en la santidad de nuestra vocación, con el fin de realizar una misión de amor para y con los jóvenes, y así llevar a tantos a Cristo para que reciban su amor, y aceptándolo también lo transmitan y vivan en santidad.

Aunque luego hablaremos sobre el tema comunitario, quisiera brindar un primer acercamiento acá para de una vez realizar una relación más específica sobre santidad y comunidad; para entender más claramente la razón por la cual es necesaria la comunidad para alcanzar la santidad.

El Papa Francisco nos indica que la santidad se vive en comunidad. En la Exhortación Gaudete et Exsultate nos lo señala.

Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.

La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas. En varias ocasiones la Iglesia ha canonizado a comunidades enteras que vivieron heroicamente el evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros. Del mismo modo, hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual.

La comunidad está llamada a crear ese “espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado”. Compartir y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera.

La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa, o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunidad trinitaria. También es lo que sucedía en la comunidad que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.

La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre. A veces, por un don del amor del Señor, en medio de esos pequeños detalles se nos regalan consoladoras experiencias de Dios.

En contra de la tendencia al individualismo consumista que termina aislándonos en la búsqueda del bienestar al margen de los demás, nuestro camino de santificación no puede dejar de identificarnos con aquel deseo de Jesús: “Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en tí” (Jn 17, 21)

**En resumen, para ser santos, requerimos la ayuda y la vivencia en una comunidad de amor.**

**El camino**

“**Yo soy el camino, la verdad y la vida**” nos dice Jesús, y así lo reconocemos nosotros cristianos, católicos, insertados en el cuerpo de Cristo a través del bautismo, y por tanto insertados en ese mismo camino que conduce al Padre; sin embargo no porque el Camino exista, y yo esté en él, implica que voy alcanzar el destino. Lo lógico de todo camino es que para llegar al destino es indispensable avanzar, es necesario caminar, si nos quedamos estáticos no avanzaremos, no llegaremos a nuestro destino, no seremos caminantes. Como salesianos cooperadores, y como Asociación, si no caminamos, no llegaremos a nuestro destino, sino actuamos como nos lo dice el PVA sobre el cual hemos realizado promesa para vivirlo toda la vida, entonces lejos estaremos de vivir nuestra vocación de manera auténtica. Porque aunque la salvación es un don, porque aunque la santidad viene de Dios, necesita necesariamente una acción de respuesta, con obras que demuestren nuestra opción, ya lo dice el apóstol Santiago “Muéstrame tu fe sin obras, y yo te mostraré mi fe a través de las obras” (St 2, 18)

El camino, aunque ciertamente es Jesús, es él en medio de nosotros, en medio de nuestro mundo, en una diversidad de situaciones que vivimos, que viven los jóvenes y en medio de lo cual Él se hace presente para acompañarnos, y que a la vez podamos nosotros ser acompañantes de otros. Es por tanto necesario conocer un poco ese camino para saber cómo recorrerlo, y es importante saber cómo recorrerlo con la conciencia de que en nuestra vocación somos llamados a ser acompañantes de los jóvenes. Ya en el tema anterior se nos ha hablado al respecto, sobre nuestra actualidad, sobre el estado de ese camino que vivimos y en el cual caminamos también con los jóvenes, sin embargo quisiera abordar algunos elementos a la luz del Sínodo.

En el destino que buscamos de ser perfectos, ser santos y llegar al Padre viviendo el amor a Él y a los hermanos, solo hay un camino, que es Cristo. Él es el camino pero también es caminante porque a nuestro lado va, es el acompañante que nos guía hacia nuestro destino porque lo conoce. Es el acompañante que a la vez nos enseña cómo llevar a otros al Camino, que nos invita a acercar a otros jóvenes para que también sean acompañados y guiados por Cristo para llegar al Padre. De tal manera que nosotros mismos, quienes primero fuimos acompañados por el Maestro y enseñados por él, somos llamados, enviados a llevar a otros hacia Él, esto sin dejar de ser acompañados por Jesús.

En el reciente Sínodo “Sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, se nos brindan luces sobre la manera en que nosotros debemos también caminar en comunidad, no solo pensando en nuestros hermanos salesianos cooperadores, sino también en medio de tantos jóvenes destinatarios de nuestra misión, pero que a la vez estamos llamados a atraer hacia Jesús, atraer hacia nuestra vocación y misión, para que ellos sean protagonistas de la propia misión salesiana, con y para los jóvenes, jóvenes evangelizadores de otros jóvenes, y podamos también así renovar nuestra Asociación.

«*Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos*» (Lc 24,13-15). En la gran preocupación y desilusión de los peregrinos de Emaús, cansados, dolidos, decepcionados, aturdidos por los acontecimientos recientemente sucedidos en Jerusalén con la muerte de Jesús, e intentando encontrar algún sentido a lo que había sucedido, es Él mismo quien se acerca, se hace el interesado, el amigo, e interviene en medio de su tristeza y dolor. Lo hace porque ha identificado la necesidad que tienen, primero de que alguien les escuche, segundo que les acompañe, tercero que les ilumine y oriente y finalmente les muestre el sentido de lo acontecido. Ante esto podríamos nosotros también preguntarnos, ¿de qué hablan hoy los jóvenes en el camino de la vida?, ¿cuál es su tristeza, su angustia, su decepción?, ¿cuál es el sentido que le buscan a sus vidas?, si no lo sabemos es porque no hemos hecho lo que Jesús y nuestra vocación nos mandan, no nos hemos acercado a caminar con ellos y por tanto tampoco hemos escuchado su voz. Por medio de la escucha a los jóvenes entramos en el movimiento de Dios que, en el Hijo, sale al encuentro de todos los hombres. Y nos convertimos entonces en medio de los jóvenes en instrumentos a través de los cuales Dios los escucha y se sienten escuchados a través de la respuesta que podamos brindarles.

Los jóvenes expresan el deseo de ser escuchados, reconocidos y acompañados. Muchos sienten que su voz no es considerada interesante ni útil en el contexto social y eclesial, y ¿será acaso que también en el contexto salesiano?, ¿será acaso que también en nuestra Asociación y en nuestros apostolados los jóvenes sienten que su voz no es considerada?. Jesús, antes de iluminar con su Palabra a los peregrinos, les pregunta «¿Qué conversación es esa que traen mientras van de camino?» (Lc 24,17). Es necesario primero escuchar, antes de responder. Los jóvenes sienten y tienen la necesidad de hacer oír su propia voz, y solamente será escuchada en el tanto haya alguien cercano para hacerlo, no solo en distancia, sino especialmente en amor; porque si no, por más que grite no recibirá atención. Uno de los elementos fundamentales del ser y hacer en comunidad es el expresarnos tal y como somos, sentirnos recibidos, acogidos; lo que implica a su vez la responsabilidad de acoger a otros. Así como es fundamental que mi voz sea escuchada en una relación de hermandad, de comunidad, así igualmente será necesario de mi parte escuchar al otro.

A la oveja perdida la encuentro porque la escucho, su voz me llama. Implica entonces una actitud de atención, de verdadera escucha, no vaya a ser que me esté llamando y no la esté escuchando. Pero por otro lado implica una relación previa, ya que se llama a quien se sabe puede escuchar, a quien se sabe puede responder, no necesariamente podría ser una relación íntima, directa, pero si una llamada sabiendo que hay otro que me puede escuchar. ¿Cuántos jóvenes están llamando, cuántos oídos estamos escuchando, lo hacemos?. ¿Acaso no buscamos nosotros lo mismo con Dios?, le hablamos y queremos su respuesta. Nuestra fe nos hace llamar una y otra vez sabiendo que somos escuchados, así como lo hizo Dios en el Sinaí escuchando el clamor del pueblo en Egipto.

En su mensaje en el mes pasado el Rector Mayor ha indicado que un punto en común de los mensajes recibidos de los Capítulos Inspectoriales en preparación al Capítulo General, es el escuchar lo que nos dicen nuestros jóvenes, lo que se llamaría el clamor, el grito de los jóvenes. ¿Qué dicen los jóvenes hoy? Nos dicen sencillamente “*Queridos hermanos salesianos les necesitamos, necesitamos de su presencia, necesitamos que estén con nosotros, que nos acompañen en el camino de la vida, no les necesitamos para que sean administradores y gestores, les queremos como Don Bosco a nuestro lado*”, “*qué más podemos necesitar que una llamada con esta intensidad para que nos indiquen cual debe ser el camino en este siglo XXI de la congregación y sin duda de toda la Familia Salesiana*”

El Sínodo reconoce la necesidad de preparar laicos, hombres y mujeres, que estén cualificados para el acompañamiento de los jóvenes. A nosotros Salesianos Cooperadores el Espíritu nos ha dado también un carisma de la escucha para que lo utilicemos como instrumento de Dios al servicio de los jóvenes, deberíamos ser profesionales en ello, para acompañarlos, y saber escuchar en medio de sus inquietudes aquello que necesitan decir. La juventud hoy llama, y en algunas ocasiones grita, quizá no propiamente con su voz, sino por su actuar que se constituye en verdaderos lamentos de desesperación al no tener un sentido en sus vidas, aunque crean tenerlo, porque no ha habido una respuesta cercana que les oriente e ilumine.

Para saber escuchar/acompañar requerimos conocer el contexto en el cual nos desenvolvemos e igualmente aquel que viven los jóvenes, es decir conocer el camino que están recorriendo, no vaya a ser que ese camino no conduzca a Dios. El Sínodo nos menciona brevemente que estamos inmersos en un mundo con diversidad de contextos y culturas, en la cual nuestra Región no se excluye, y no solamente como Región, sino que constatamos que en nuestras propias Provincias y países se vive una diversidad, favorecida en muchos casos por la globalización, el consumismo, los medios de comunicación masivos, las redes sociales, las migraciones, la historia específica de los pueblos, el poder económico. Sin embargo, en la diversidad estamos llamados a ser uno, porque la diferencia no excluye, sino que enriquece.

El Sínodo, en cuanto a esta diversidad de contextos y culturas menciona primeramente que estamos en un mundo con cambios en curso, que percibimos y vivimos hoy en nuestra Región, como “*la diferencia relativa a las dinámicas demográficas entre los países con una alta natalidad, en los que los jóvenes representan una cuota significativa y creciente de la población, y aquellos en los que su peso se va reduciendo”* (11), y es así como incluso en algunos de nuestros países la cantidad de jóvenes va en disminución, no solo por una menor natalidad, sino también por el fenómeno de las migraciones.

Otro cambio que también sentimos es lo correspondiente a nuestra historia cristiana y sus tradiciones, en la que se desconoce o de manera indirecta se busca borrar las raíces cristianas de nuestra cultura y sociedad, buscando sacar a Dios de nuestro ser social, y dejándolo únicamente en un entorno personal y privado, disfrazando como bueno y derecho de la persona aquello que atenta contra la vida humana y la dignidad propia y del otro. Situaciones en las cuáles como Asociación también nos involucran porque nos dejamos llevar por la masa, olvidando que aunque estamos en el mundo, no somos del mundo. Sería desconcertante escuchar a Salesianos Cooperadores que también se hayan dejado llevar por esta corriente, y se nos ha olvidado que estamos llamados a ser sal y luz del mundo, de llevar a Cristo en todos nuestros ambientes, de ser fuertes y perseverantes, de ser quienes promovamos el espíritu católico, como afirmaba San Juan Bosco. Salesianos Cooperadores no lo olvidemos, hagamos que brille nuestra luz ante los hombres, que vean las buenas obras. Y por ello den gloria al Padre que está en los cielos (Mt 5, 16 )

*“En nuestros países y dentro de cada uno de ellos encontramos diferencias determinadas por la estructura social y la disponibilidad económica que separan, a veces de modo muy neto, a quienes la globalización ofrece un mayor número de oportunidades, de aquellos que viven al margen de la sociedad o en el mundo rural y sufren los efectos de formas de exclusión y descarte”* (12). En estas situaciones de desigualdad, de exclusión y marginación, debemos ponernos de parte de estos últimos, especialmente los jóvenes, para buscar y construir alternativas que eliminen la exclusión y la marginación, y fortaleciendo la acogida, el acompañamiento, la integración, la comunidad. Animados por el espíritu salesiano, debemos prestar atención privilegiada a aquellos jóvenes más pobres o víctimas de cualquier forma de marginación, explotación y violencia. (Est. Art. 8)

Un punto especial en este caminar y acompañar se refiere a comprender las diferencias entre hombre y mujer, y quisiera hacer una breve mención a la llamada ideología de género, que también mencionaba hace dos años en el Encuentro en Guadalajara. La ideología de género “*niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Esta presenta una sociedad sin diferencias de sexo, y vacía el fundamento antropológico de la familia. Esta ideología lleva a proyectos educativos y directrices legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombre y mujer. La identidad humana viene determinada por una opción individualista, que también cambia con el tiempo*”(AL. 56).

El Papa emérito, siendo aún cardenal definía la ideología de género como la “*última rebelión de la creatura contra su condición de creatura*”[[2]](#footnote-2), a través de la cual “*pretende librarse incluso de las exigencias de su propio cuerpo: se considera un ser autónomo que se construye a sí mismo; una pura voluntad que se autocrea y se convierte en un dios para sí mismo.*”[[3]](#footnote-3)

También el Papa Francisco en sus años de pontificado ha realizado advertencias sobre la ideología de género[[4]](#footnote-4):

* Busca borrar la diferencia sexual entre hombre y mujer.
* Es una colonización ideológica.
* Presenta una sociedad sin diferencias de sexo y vacía el fundamento antropológico de la familia.
* Cancelar las diferencias sexuales es dar un paso atrás.
* Denunciar la ideología de género no implica negar ayuda o compañía a los homosexuales.

El Sínodo recalca que “*no se puede olvidar la diferencia entre hombres y mujeres con sus dones peculiares, sus específicas sensibilidades y experiencias del mundo. Esta diferencia puede ser un ámbito en el que nazcan formas de dominio, exclusión y discriminación de las que todas las sociedades y la Iglesia necesitan liberarse.*

*La Biblia presenta al hombre y a la mujer como compañeros iguales ante Dios (Gn 5,2): cada dominación y discriminación basada en el sexo ofende la dignidad humana. También presenta la diferencia entre los sexos como un misterio constitutivo del ser humano, irreductible a estereotipos.*

*La relación entre hombre y mujer se comprende además en términos de una vocación a vivir en la reciprocidad y en el diálogo, en la comunión y en la fecundidad (cf. Gn 1,27-29; 2,21-25), en todos los ámbitos de la experiencia humana: vida de pareja, trabajo, educación y otros. Dios ha confiado la tierra a la alianza entre ellos*”. (13)

Hombres y mujeres, cada uno con sus diferencias, y cada uno con sus dones particulares con los cuales enriquecen al otro y lo complementan, estamos llamados a fecundar la tierra, no solo desde el punto de vista procreativo, sino fecundar la sociedad, es decir, hacerla prosperar, crecer, madurar, que dé frutos agradables a Dios por medio de una alianza con Él. Es fundamental que en nuestro acompañamiento a los jóvenes como Salesianos Cooperadores tengamos claridad en estos temas delicados que los y nos confunden, por lo cual estamos llamados a una profunda formación para orientar y actuar en concordancia con el Magisterio de la Iglesia y nuestro propio Proyecto de Vida Apostólica.

Nos encontramos también en este caminar, en nuestros países con la globalización que “*conlleva auténticas formas de colonización cultural, que desarraigan a los jóvenes de la pertenencia a las realidades culturales y religiosas de las que provienen. Es necesario un compromiso de la Iglesia para acompañarlos en este paso sin que pierdan los rasgos más valiosos de su identidad*.” (14). Para ello se hace necesario que la Iglesia no sea una víctima más de esta colonización cultural, y que todos nosotros como Iglesia/Asociación no perdamos nuestra Identidad, nuestra vocación, sino que debemos causar controversia, hacer lío, como lo decía el Papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro. Lamentablemente encontraremos católicos, y quizá salesianos cooperadores, que pierdan su identidad con la Iglesia, con la Asociación, o que nunca llegaron a tenerla, por falta de una comunidad que también le acompañara.

Muchos otros elementos podríamos tratar sobre el camino que actualmente recorremos nosotros y los jóvenes para ser santos, lo menciono de manera separada (nosotros y los jóvenes) porque aunque el camino para alcanzar la santidad sea el mismo, se recorre de manera distinta y en una situación de vida distinta. Lo importante que debe quedarnos es que es fundamental que conozcamos la vida de los jóvenes, el camino en que se encuentran, porque sino no seremos capaces de acompañarlos hacia el Padre. Debemos ser y hacer como Jesús, acercarnos, escuchar, preguntar, para luego orientar y dar un sentido; en esta experiencia es necesario que nosotros también seamos acompañados por Jesucristo en medio de los hermanos de nuestros Centros locales.

**En resumen, para ser santos solo hay un camino, el cual debemos conocer en medio de nuestro mundo para poder recorrerlo y llevar a los jóvenes hacia Dios.**

**Diversidad**

“***Las partes del cuerpo son muchas, pero el cuerpo es uno; por muchas que sean las partes, todas forman un solo cuerpo. Así también Cristo***

***Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo podríamos oír?. Y si todo el cuerpo fuera oído, ¿cómo podríamos oler?***

***Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en su lugar es parte de él.***” (1 Cor 12, 12, 17, 27)

La cita bíblica que acabamos de leer la hemos escuchado posiblemente en una gran cantidad de ocasiones, y sin profundizar en esta en este momento, entendemos que la riqueza del cuerpo está en la diversidad de sus partes y la función específica que cada una de estas desempeña; si todas las partes del cuerpo fueron la misma, entonces no sería cuerpo. Igualmente aplicamos esto a la Iglesia, a la Familia Salesiana, a nuestras Provincias y Centros Locales, y en medio de ello entendemos que la falta de un grupo de la Familia, la falta de una Provincia en la Región, la falta de un Centro en una Provincia, y finalmente la falta de un Salesiano Cooperador en un Centro hacen la diferencia. Entre mayor diversidad, mayor riqueza; porque reconocemos nuestras limitaciones, pero también nuestros talentos, y así de manera recíproca con otros Salesianos Cooperadores, por lo que lo que le falta a uno, otro lo complementa; lo que uno no puede hacer o tiene menor capacidad, otro lo podrá hacer mejor. “*Solo la unidad de todos hace que el cuerpo sea vivo y armónico*” (85)

La Congregación Salesiana en el capítulo General Especial afirmaba: “*Los Salesianos no pueden hacer una reflexión profunda e integral de su propia vocación en la Iglesia sin referirse a todos los que, con ellos, son los portadores de la voluntad del Fundador. Con este fin, procuran una mejor unidad de todos, aun dentro de la diversidad de cada uno*.” (CGE 151). Esta idea la podríamos resumir de otra manera en que quizá ya hemos escuchado “Sin ustedes no somos nosotros”. Lo dicho acerca de la relación entre la Congregación y los distintos grupos de la Familia Salesiana, deberíamos aplicarlo nosotros mismos a lo interno de la Asociación, y poder decir a cada Salesiano Cooperador que se ha alejado “sin ti, sin tu presencia, no somos nosotros”

He realizado esta breve reflexión acerca de la importancia de la presencia de cada Salesiano Cooperador dentro de la Asociación, porque es fundamental reafirmar que en el camino hacia la santidad, la presencia de cada uno es fundamental en el valor comunitario por los valores y dones que cada uno representa, porque cada uno de nosotros, en su particularidad y diversidad, es Cristo manifestándose de manera peculiar en medio de nosotros. Sin embargo mi principal interés es profundizar más bien en aquellos, nuestros destinatarios, cuya diversidad de vida con respecto a la que les llevamos algunos años se constituye un elemento imprescindible de conocimiento para lograr comunidades actuales, rejuvenecidas, fortalecidas, y listas para encarar el mundo actual juvenil que se nos presenta, y a la vez seguir preparándonos de manera constante para enfrentar el futuro que día a día se va haciendo presente.

En la diversidad transmitimos lo mejor de nosotros; los mayores nuestras tradiciones, nuestros valores, nuestra fe desde una experiencia de vida; y los jóvenes lo mismo, pero con una nueva perspectiva en la cual estamos llamados a identificar aquello en lo cual podemos aportar y educar. Que en la diversidad que se nos pueda presentar en nuestras comunidades, sepamos asumirlas y enriquecernos con ellas, y no descartarlas como se vive ahora en una cultura del descarte.

Para ello es fundamental conocer a los jóvenes. En el apartado anterior sobre el “camino” en que nos encontramos, hacía referencia brevemente a algunos aspectos muy generales del mundo de hoy y la diversidad de contextos y culturas que también presenciamos en nuestra Región. Quisiera ahora ser más específico sobre lo que significa ser joven hoy y los aspectos de la cultura juvenil actual, esto también a la luz del Sínodo y su documento conclusivo, con el objetivo de tener nosotros un mejor conocimiento de su vida y podamos acercarnos con mayores y mejores iniciativas. Los invito a leer el documento completo ya que solamente haré mención a algunos de estos elementos de la juventud indicados en el Sínodo, y a la vez nos queda la tarea de explorar aquellos elementos de la juventud de hoy cercana a nuestros Centros.

*Las generaciones jóvenes tienen una forma de acercarse a la realidad que presenta rasgos específicos. Los jóvenes piden ser acogidos y respetados en su originalidad. Entre los rasgos específicos más evidentes de la cultura de los jóvenes se ha señalado la preferencia que se concede a la imagen respecto a otros lenguajes comunicativos, la importancia de sensaciones y emociones como medios para acercarse a la realidad y la prioridad de la concreción y la operatividad respecto al análisis teórico. Revisten gran importancia las relaciones de amistad y la pertenencia a grupos de coetáneos, que se cultivan también gracias a las redes sociales. Los jóvenes generalmente muestran una apertura espontánea ante la diversidad, que los hace estar atentos a las temáticas de la paz, la inclusión y el diálogo entre culturas y religiones.* (45)

Esta apertura a la diversidad debe ser adecuadamente orientada en el sentido de que la diferencia es autenticidad, somos únicos y no es necesario asumir posturas o ideologías que no son propias, solo por una moda o presión de externos. En este sentido nosotros Salesianos Cooperadores debemos acompañar a los jóvenes para que en la apertura que presentan seamos nosotros una voz fuerte que les guíe. Fuerte, lo que no necesariamente quiere decir que sea una voz ruidosa, o de alto volumen, sino ante todo una voz al oído, es decir, cercana, y allí en la cercanía decir las palabras acertadas. Porque son muchas las voces que llegan al joven y debemos hacernos escuchar, hacer escuchar la voz de Cristo que habla al corazón.

*Aunque de forma diferente respecto a las generaciones pasadas, el compromiso social es un rasgo específico de los jóvenes de hoy. Al lado de algunos indiferentes, hay muchos otros dispuestos a comprometerse en iniciativas de voluntariado, ciudadanía activa y solidaridad social, que hay que acompañar y alentar para que emerjan los talentos, las competencias y la creatividad de los jóvenes y para incentivar que asuman responsabilidades. El compromiso social y el contacto directo con los pobres siguen siendo una ocasión fundamental para descubrir o profundizar la fe y discernir la propia vocación. Se señaló también la disponibilidad al compromiso en campo político para la construcción del bien común, que la Iglesia no siempre ha sabido acompañar ofreciendo oportunidades de formación y espacios de discernimiento. Respecto a la promoción de la justicia, los jóvenes piden a la Iglesia un compromiso decidido y coherente, que acabe de raíz con toda complicidad con una mentalidad mundana.* (46)

Esta disponibilidad del joven al compromiso debe ser canalizada en nuestros Centros para invitarlos a discernir sobre la vocación del Salesiano Cooperador, en la que quizá, en ocasiones, no hemos sabido ser testimonio de compromiso. Me recuerda esto la hija de un Salesiano Cooperador en Costa Rica, que a pesar de todo el testimonio que su papá podría darle, ella le interesaba más otro grupo de la Familia Salesiana, porque no veía en los Salesianos Cooperadores el compromiso apostólico que sí tenía el otro grupo. ¿Cómo pretendemos atraer jóvenes a nuestros Centros y renovar nuestra Asociación, si no sabemos dar testimonio apostólico que tanto inquieta al joven de hoy?. Como Jesús, dirigiéndose a Juan y Andrés, tenemos que tener la capacidad de decir al joven “Vengan y vean”; capacidad que se traduce en tener a una Asociación en acción en medio de las necesidades juveniles de hoy.

*La experiencia religiosa de los jóvenes resulta fuertemente influenciada por el contexto social y cultural en el que viven. En algunos países la fe cristiana es una experiencia comunitaria fuerte y viva, que los jóvenes comparten con gozo. En otras regiones de antigua tradición cristiana la mayoría de la población católica no vive una pertenencia real a la Iglesia; aunque no faltan minorías creativas y experiencias que muestran un nuevo despertar del interés religioso, como reacción a una visión restrictiva y sofocante. Mientras que en algunas regiones los jóvenes no tienen la posibilidad de expresar públicamente su propia fe o no se les reconoce su libertad religiosa, en otras partes se siente el peso de decisiones del pasado —incluidas las políticas—, que han mermado la credibilidad eclesial.* (48)

Vivimos momentos en nuestra Región en que la Iglesia es perseguida, ciertamente no estamos hablando de la persecución que se vive en otras latitudes, sin embargo en algunos ambientes sociales, empresariales, educativos, noticiosos e incluso familiares la iglesia es bombardeada, lo que también nos recuerda las palabras de Cristo, “*No piensen que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada. Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Cada cual verá a sus familiares volverse enemigos.*” (Mt 10, 34-36). No queremos que se oculten nuestros errores, sabemos que somos una iglesia santa y a la vez pecadora, sin embargo en muchas ocasiones lo que se escucha de la Iglesia en los medios es solamente aquello que destruye, que busca eliminar o cuestionar la credibilidad de la Iglesia para luego eliminar su autoridad moral ante cualquier injusticia y tema controversial que en las políticas de estado se discuten, como por ejemplo eutanasia, aborto, ideología de género, impuestos abusivos, matrimonios entre personas del mismo sexo, educación, etc. Ante esta situación debemos ser nosotros, laicos, quienes sepamos comunicar una voz de esperanza, de sentido cristiano y verdad en todos aquellos ambientes en los cuales nos desenvolvemos, sabiendo lo que ya decía el Papa Pablo VI en la Encíclica Evangelii Nuntiandi: “*El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio*.” (EN 41)

*En general, los jóvenes se declaran en búsqueda del sentido de la vida y muestran interés por la espiritualidad. Tal atención, sin embargo, toma a veces la forma de una búsqueda de bienestar psicológico más que de una apertura al encuentro con el Misterio del Dios vivo. En particular en algunas culturas, muchos consideran la religión una cuestión privada y seleccionan de diversas tradiciones espirituales elementos en los que encuentran sus propias convicciones. Se difunde así un cierto sincretismo, que se desarrolla bajo el presupuesto relativista de que todas las religiones son iguales.* (49)

Debemos aprovechar el interés de los jóvenes por la espiritualidad. En medio de la diversidad los seres humanos coincidimos en la búsqueda de lo trascendental, de un más allá que la temporalidad de esta vida, sin embargo las distintas experiencias de vida hacen que muchos tomen otros caminos porque no ha habido alguien que desde niños los encamine hacia Dios. Qué fácil es para un niño impresionarse con la grandeza de la vida y que hay un Dios que ama, acompaña, está a nuestro lado, y nos ve (como Mamá Margarita lo hizo con Juanito Bosco); verdad y experiencia de vida que se hace más difícil de transmitir con el paso de los años, por lo que, al mejor estilo del sistema preventivo, debemos aprovechar los años de niñez y más frescos de la juventud para mostrar con el testimonio a un Dios de amor que viene a salvarnos, pero *“¿cómo invocarán al Señor sin haber creído en él? Y ¿cómo podrán creer si no han oído hablar de él? Y ¿cómo oirán si no hay quien lo proclame? Y ¿cómo lo proclamarán si no son enviados?*” (Rm 10 14-15a). Grande misión tenemos en este sentido para formar cada vez comunidades de Salesianos Cooperadores jóvenes impregnados del amor de Dios, que puedan transmitir a otros más jóvenes este encanto por la vida espiritual salesiana.

*La misma variedad se observa en la relación de los jóvenes con la figura de Jesús. Muchos lo reconocen como Salvador e Hijo de Dios y a menudo se sienten cercanos a él mediante María, su madre, y se comprometen en un camino de fe. Otros no tienen una relación personal con él, pero lo consideran como un hombre bueno y una referencia ética. Otros lo encuentran mediante una fuerte experiencia del Espíritu. Para otros, en cambio, es una figura del pasado privada de relevancia existencial o muy distante de la experiencia humana.*

*Para muchos jóvenes Dios, la religión y la Iglesia son palabras vacías, en cambio son sensibles a la figura de Jesús, cuando viene presentada de modo atractivo y eficaz. De muchas maneras también los jóvenes de hoy nos dicen: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21), manifestando así la sana inquietud que caracteriza el corazón de todo ser humano: «La inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor»* (50)

¿Qué piensan nuestros jóvenes sobre Jesús?, ¿se los hemos preguntado?, ¿o partimos de un supuesto?. A principios de este año tuvimos un encuentro centroamericano de Familia Salesiana sobre el tema de los jóvenes para lo cual previamente se había realizado una encuesta a jóvenes de los centros educativos salesianos, y una de las preguntas iba encaminada hacia la relación con Dios, recibiéndose respuestas llenas de esperanza, como por ejemplo: “*Tengo presente (a Dios) en cada momento de mi vida que él me está acompañando y nunca me ha dejado sola, sin embargo a veces dejo de sentirlo y me preocupa.*”, “*Se lo debo todo a él, no hay palabras para describir mi relación con Dios*”, “*Quiero creer en él*”, “*Mi relación es directa con Él. No soy de los que se pasan 24/7 rezando o algo parecido, sin embargo, lo tengo presente en mis días y es esencial*.”. Palabras de amor, palabras que muestran la relación con Dios, la necesidad de él. Ya sea que esta sea la respuesta o sea otra contraria, debemos saber qué es lo que piensan los jóvenes, escuchar su voz y responder mostrándoles a un Dios de amor, que no impone, que no ata, sino que libera y da sentido a la vida.

*El Sínodo es consciente de que un número consistente de jóvenes, por razones muy distintas, no piden nada a la Iglesia porque no la consideran significativa para su existencia. Algunos, incluso, piden expresamente que se les deje en paz, ya que sienten su presencia como molesta y hasta irritante. Esta petición con frecuencia no nace de un desprecio acrítico e impulsivo, sino que hunde sus raíces en razones serias y comprensibles: los escándalos sexuales y económicos; la falta de preparación de los ministros ordenados que no saben captar adecuadamente la sensibilidad de los jóvenes; el poco cuidado en la preparación de la homilía y en la explicación de la Palabra de Dios; el papel pasivo asignado a los jóvenes dentro de la comunidad cristiana; la dificultad de la Iglesia para dar razón de sus posiciones doctrinales y éticas a la sociedad contemporánea.* (53)

Y nosotros, Asociación de Salesianos Cooperadores, ¿qué piensan los jóvenes de nosotros?, ya que evidentemente nosotros de manera individual pero también asociada somos Iglesia. ¿Nuestras obras y apostolados son significativas para los jóvenes?, quizá no hemos sabido mostrar la verdad, la riqueza y amor de la Iglesia porque tampoco hemos sabido mostrar a Cristo cabeza de la Iglesia. ¿Qué ven los jóvenes al mirar a la Iglesia?, ¿mirarán a Cristo misericordioso, con los brazos abiertos para acoger y brindar amor a cuantos requieran de este?; o por el contrario ¿mirarán a una Iglesia justiciera, lejos y desinteresada de la realidad de los jóvenes?. Estamos llamados por tanto, como ya lo he indicado, a renovar la Iglesia y renovar la Asociación, con jóvenes comprometidos, con experiencia de Cristo en sus vidas para que puedan a su vez atraer a otros jóvenes a Cristo; no porque queramos llenar nuestra Asociación de personas, mirando solo la cantidad; sino porque deseamos llevar a los jóvenes hacia Cristo, porque queremos para ellos la salvación, porque buscamos para ellos la felicidad, porque queremos acompañarlos como Cristo Buen Pastor.

¿Cuáles podríamos decir que son nuestros “pecados” como Asociación, como Centro?, ¿sobre qué deberíamos pedir perdón?, ¿pedir perdón a los jóvenes?. Para ello también es necesario que nosotros mismos nos cuestionemos qué pensamos de la Iglesia, en medio de tantos escándalos, que ciertamente los medios de prensa también gusta de exponer con falso interés en la verdad y más bien mucha hipocresía y mal intención. No dudo que la gran mayoría de Salesianos Cooperadores al saberse y sentirse Iglesia repiten una y otra vez en sus vidas las verdades de nuestra fe, y con testimonio saben decir “*creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica*”, pero es necesario seguir renovando para mantenernos fieles con la ayuda de Cristo, ya que sin Él no podemos hacer nada (Jn 15, 5b)

*Los jóvenes católicos no son meramente destinatarios de la acción pastoral, sino miembros vivos del único cuerpo eclesial, bautizados en los que vive y actúa el Espíritu del Señor.*

*Contribuyen a enriquecer lo que la Iglesia es, y no solo lo que hace. Son su presente y no solo su futuro. Los jóvenes son protagonistas en muchas actividades eclesiales, en las que prestan generosamente su servicio, en particular con la animación de la catequesis y de la liturgia, el cuidado de los más pequeños y el voluntariado con los pobres. Movimientos, asociaciones y congregaciones religiosas ofrecen también a los jóvenes oportunidades de compromiso y corresponsabilidad. A veces la disponibilidad de los jóvenes encuentra un cierto autoritarismo y la desconfianza de adultos y pastores, que no reconocen suficientemente su creatividad y les cuesta compartir las responsabilidades.* (54)

Que los jóvenes encuentren en nosotros apertura, libertad y no autoritarismo, confianza en ellos y no duda de sus capacidades; que sepamos reconocer su gran creatividad dándole las oportunidades para hacerse sentir y asumir la misión como parte de ellos mismos, y finalmente entregándoles las responsabilidades para llevar adelante nuestra Asociación.

Estos son solamente algunos elementos que el Sínodo nos invita a reflexionar sobre lo que significa ser joven hoy, conocer lo qué quieren, lo que buscan, conocer sus anhelos, sus diferencias, sus semejanzas, su vida, su mundo, para que comprendiéndolo podamos llevarlos a Cristo. Nos corresponderá a nosotros profundizar más en este rico documento para hacerlo práctica en nuestras realidades apostólicas y asociativas.

**En resumen, enriquecer nuestras comunidades con la frescura de la diversidad que traen los jóvenes para fortalecernos y caminar juntos hacia la santidad.**

**Comunidad**

“**Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos. Sentado en la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista**” (Lc 24,27-31).

Qué belleza y profundidad de experiencia tuvieron los discípulos de Emaús que luego de este encuentro son ellos quienes piden la presencia de Jesús, luego de una pequeña experiencia con él, incluso sin reconocerlo. No sabían que era Jesús el que los acompañaba, el que los animaba, quien les dio una razón, un mensaje de consuelo en el momento de tristeza que vivían. No sabían que era Jesús el que caminaba con ellos, pero aún así le piden que se quede con ellos.

¿Cuántos jóvenes podrían quedarse con Jesús luego de tener una experiencia con él?, y no necesariamente estamos hablando de una experiencia religiosa o espiritual, ya que al igual que los peregrinos a Emaús fue hasta posteriormente, en la soledad, cuando Jesús ya no estaba, que se dieron cuenta que su encuentro había sido con el Maestro. De esta manera una comunidad, un acompañamiento que no necesariamente sea explícitamente religioso, eclesial, puede conducirnos al encuentro con Jesús, y terminar diciendo “quiero más de esta experiencia”, sin darnos cuenta en ese momento que es Jesús actuando en sus vidas, sino que posteriormente lo reconoceremos.

Debemos de formar y ofrecer al joven verdaderas comunidades de santidad, porque el mundo ofrece todo tipo de opciones que no llevan a la santidad, ¿dónde se aprenderá a ser santo?, ¿dónde se aprenderá a amar a Dios, a la entrega, al servicio, al don de sí mismos?. Para santificar el mundo debemos nosotros ser santos y para ello la comunidad espiritual fundamentada en Cristo, será la base sobre la cual partir. En este sentido entendemos que es fundamental la familia, tan atacada actualmente, la Iglesia doméstica, “*primera comunidad de fe en la que, a pesar de los límites y carencias, el joven experimenta el amor de Dios y comienza a discernir su propia vocación*” (72). Por tanto también estamos llamados a crear y asegurar familias santas, comenzando por las propias, porque también en estas nos encontraremos con la riqueza de la juventud a través de hijos, sobrinos, primos, y también sus amigos y compañeros.

La comunidad enraizada en Dios se constituye por tanto en una escuela de santidad, en que el amor de unos por otros, nos lleva a entregarnos, ayudarnos y ayudar especialmente a los jóvenes para su crecimiento y sus decisiones. No se trata de crear solo relaciones afectivas en la comunidad, sino relaciones de vida y enseñanza de dimensiones educativas, culturales, religiosas, morales, éticas, espirituales, y crecer en una vida renovada, una Asociación renovada, una Iglesia viva. Nos dice el Papa Francisco: “*No se trata de crear una nueva Iglesia para los jóvenes, sino más bien de volver a descubrir con ellos la juventud de la Iglesia, abriéndose a la gracia de un nuevo Pentecostés*” (60) y hacer una Iglesia joven, llena de vida, llena del Jesús de la vida, llena de la vida de Jesús.

Como Salesianos Cooperadores tenemos una gran responsabilidad, y también una gran oportunidad; porque con vocación juvenil y entregados a esta tenemos la certeza de la continuidad de nuestra misión. No es congruente, no es consistente con nuestra vocación que algunos de nuestros Centros desaparezcan, se hagan “viejos”, cuando más bien deberían estar llenos de jóvenes. Algunos nos hemos quedado atrás de la juventud, ellos, a pesar de que son más jóvenes nos llevan la delantera en algunos aspectos, para renovarnos necesitamos la contribución de ellos. “*Evitando despertar falsas ilusiones en los jóvenes con propuestas reducidas al mínimo o sofocarlos con un conjunto de reglas que dan una imagen estrecha y moralista del cristianismo, estamos llamados a invertir en su audacia y a educarlos para que asuman sus responsabilidades, seguros de que incluso el error, el fracaso y las crisis son experiencias que pueden fortalecer su humanidad*”. (70)

Siendo que, como se indicó anteriormente, el ser humano es creado como ser en diálogo; y por otro lado un ser humano sin vínculos es alguien sin vocación, es fundamental crear comunidades cristianas en que se desarrolle la cultura vocacional, sabiendo que toda vocación es llamado a la santidad, esto quiere decir, no solo que tengamos la vocación específica a ser santos (sean perfectos como mi Padre es perfecto), sino, además que toda vocación específica es llamada, misión, a la santidad; como esposo, padre, amigo, profesional, educador, salesiano, laico, etc. todo es camino a la santidad.

Por tanto no hay santidad sin comunidad, es decir, no hay santidad sin relación con el otro. El mismo Dios es comunidad y nos salva a través de la comunión en Jesús, y nos llama a ser uno, como el Padre y él, son uno.

Sin pretender ampliarme sobre el tema del acompañamiento, ya que este elemento implica un amplio tema a desarrollar, solamente quisiera mencionarla brevemente por la importancia de esta en la vida comunitaria, la cual debemos motivar y fortalecer en el acompañamiento, en la cual como Salesianos Cooperadores debemos accionar en medio de los jóvenes. No se trata de cualquier acompañamiento, de solo presencia, como estatuas, inmóviles, sin expresión, sin voz, sin protagonismo, sin implicación en el otro, convirtiéndonos a veces, más bien, en una presencia no deseada; sino, más bien, creando una relación significativa, de afecto. Es en la comunidad (de dos o más) donde se ejercerá el acompañamiento, porque es allí donde puedo entregar de lo mío para alimentar la necesidad del otro, es decir, para ayudar al otro a crecer, entender, discernir, descubrir, para lo cual es fundamental conocer al otro, sin entrometernos, sino favoreciendo libremente la apertura del corazón.

El acompañamiento será válido en cuanto exista significancia. Como vimos con los discípulos de Emaús, Jesús primeramente se hizo cercano, interesado en el otro, luego de ello les dio su compañía y se hizo significativo, tan así que le piden que no se vaya. No se trata únicamente de un acompañamiento limitado al crecimiento espiritual y a las prácticas de la vida cristiana (94), sino un acompañamiento que integra la vida personal, social y todo lo humano, elemento que en la salesianidad, en nuestras comunidades y en nuestra formación es fundamental. Un acompañamiento que no solamente permita crear buenos cristianos, sino también honrados ciudadanos; acompañar la vida, acompañar en la diversidad como enriquecimiento recíproco, no quedarnos con lo mismo de siempre, con lo ya conocido, sino abrirnos para dar y recibir. No tener miedo a dar lo nuestro, pero tampoco a recibir. “Jesús acompañó al grupo de sus discípulos compartiendo con ellos la vida de todos los días. La experiencia comunitaria pone de relieve la calidad y los límites de toda persona y hace crecer la conciencia humilde, pues sin compartir los dones recibidos para el bien de todos no es posible seguir al Señor.” (96)

¿No nos hemos sentido nosotros mismos, adultos, miembros de una comunidad en nuestro centro local, y aún más miembros de una comunidad más amplia a nivel de Provincia, Región, el mundo entero?. No dudo que así sea, y evidencia de ello es que nos encontramos aquí, hemos dejado nuestro yo, para unirnos aquí y dar de lo nuestro a aquellos hermanos que quizá no conozca al ser de otras Provincias, pero que en definitiva estamos dispuestos también a entregarnos a ellos para el crecimiento recíproco. Esta experiencia de vida comunitaria, es la que también requieren los jóvenes. Que las diferencias entre ellos y nosotros sean motivo de unión en la fuerza a partir de las diferencias.

“*El servicio del acompañamiento es una auténtica misión, que requiere la disponibilidad apostólica de quien lo realiza*” (101). El buen acompañante es una persona equilibrada, de fe y de oración, que escucha y que se ha confrontado con sus debilidades y fragilidades, se conoce. Por eso sabe ser acogedora con los jóvenes a quienes acompaña, sin moralismos y sin falsas tolerancias (102). Cuando es necesario sabe ofrecer también una palabra de corrección fraterna, una palabra al oído .Hay que saberse acompañante para actuar con delicadeza como tal y ponerse a disposición del Espíritu Santo y del otro para permanecer el tiempo que sea necesario y luego retirarse, tal y como lo hizo Jesús con los discípulos de Emaús. El acompañamiento tiene un principio y un fin, luego de llegar a este toca hacerse a un lado. La persona acompañada se convertirá en el acompañante de otro. Me imagino que de regreso a Jerusalén los peregrinos de Emaús, ya sin Jesús, se acompañaron mutuamente sobre la vivencia tenida con Jesús, y llegados con los apóstoles, acompañarlos también a ellos para fortalecer la débil fe en la resurrección.

Finalmente cierro este elemento comunitario con estas palabras del Papa: “*Solo una pastoral capaz de renovarse a partir del cuidado de las relaciones y del vigor de la comunidad cristiana será importante y atractiva para los jóvenes. Así la Iglesia podrá presentarse ante ellos como un hogar acogedor, caracterizado por un ambiente familiar, hecho de confianza y seguridad. El anhelo de fraternidad, que emerge de la escucha sinodal de los jóvenes, pide que la Iglesia sea «madre para todos y casa para muchos» (Francisco, Evangelii gaudium, 288): la pastoral tiene el deber de realizar en la historia la maternidad universal de la Iglesia, mediante gestos concretos y proféticos de una acogida alegre y cotidiana, que hagan de ella un hogar para los jóvenes*”. (138)

**Conclusión**

Entonces ante toda esta realidad desafiante de la juventud de hoy, ¿qué debemos hacer para formar comunidades diversas y santas?, ¿cuál es el camino?. Es difícil definir una respuesta, sin embargo podríamos remitirnos a la experiencia de los jóvenes del Oratorio de Valdocco, ¿por qué los jóvenes asistían al Oratorio?, ¿por las instalaciones, por los juegos, por la comida, por el trabajo, por la iglesia, el catecismo?, no dudo de muchos casos en que alguno o varios de estos elementos fueran el motivo, sin embargo esencialmente los jóvenes asistían por Don Bosco. Hemos escuchado en distintos momentos que donde estaba Don Bosco, estaba el Oratorio, él era de manera personificada la casa que acoge, la parroquia que evangeliza, la escuela que prepara para la vida, y el patio para reunirse en alegría. La comunidad diversa en realidades de los jóvenes de aquel tiempo, y que creó y sigue creando santidad, estaba alrededor de Don Bosco.

Entonces, ¿qué debemos hacer nosotros hoy?, pues ser el Don Bosco de los jóvenes… ejemplos tenemos en nuestro tiempo de santos que han sabido atraer a los jóvenes e invitarlos y llevarlos a la santidad, tal como San Juan Pablo II y nuestro actual Papa Francisco. Pero también encontraremos dentro de nuestra misma Asociación verdaderos Salesianos Cooperadores santos de hoy que con su ejemplo y acompañamiento con los jóvenes también los van formando en santidad.

Es un verdadero desafío, pero si queremos una comunidad santa, nosotros somos los primeros que debemos ser santos, y con nuestro testimonio de amor y verdadero compromiso a Dios, atraer a otros. Debemos saber captar adecuadamente la sensibilidad de los jóvenes, sino se irán para otro lado, incluso dentro de nuestros mismos ambientes salesianos podría presentarse que algunos jóvenes no se acercan a nosotros, aun cuando tengan vocación salesiana, porque no damos testimonio, no ofrecemos opciones de compromiso y apostolado.

Que Dios nos dé la sabiduría y la fortaleza para saber construir este factor en nuestra Asociación y fortalecerla en comunidades jóvenes, diversas, enriquecidas y santas, con la presencia de Jesús, Camino, Verdad y Vida.

1. Gaudete et Exsultate 21 [↑](#footnote-ref-1)
2. <http://es.catholic.net/op/articulos/41418/cat/447/que-es-la-ideologia-de-genero.html#modal> [↑](#footnote-ref-2)
3. Ibíd [↑](#footnote-ref-3)
4. <https://www.aciprensa.com/noticias/5-advertencias-del-papa-francisco-sobre-la-ideologia-de-genero-33215> [↑](#footnote-ref-4)